

Guía de lectura y
trabajo para el curso
Descartes y el
Discurso del método

Ana Maria C. Minecan

Primera edición: agosto 2025

Guía de lectura y trabajo para el curso Descartes y el Discurso del método
Ana Maria C. Minecan

Colección: Guías de lectura para
los cursos del Centro de Estudios Filosóficos Alétheia

CEFA Ediciones – Centro de Estudios Filosóficos Alétheia
Madrid, 2025
www.anaminecan.com

ISBN-13: 979-8264732010

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

CONTENIDO

	Sobre Alétheia y tu profesora	i
1	Clase 1 Descartes y el nacimiento del pensamiento moderno	1
2	Clase 2 <i>Dióptrica</i> , <i>Meteoros</i> y <i>Geometría</i>	6
3	Clase 3 El buen sentido y la razón natural	11
4	Clase 4 La educación del joven Descartes	16
5	Clase 5 La destrucción del edificio del conocimiento	21
6	Clase 6 Del <i>Ars Magna</i> a las reglas del método	26
7	Clase 7 Una moral provisional	31
8	Clase 8 <i>Cogito ergo sum</i>	36
9	Clase 9 El argumento ontológico	42
10	Bibliografía	47
11	Selección de textos	52
12	Cuestiones para reflexionar	78

CLASE 1 | DESCARTES Y EL NACIMIENTO DEL PENSAMIENTO MODERNO

René Descartes ocupa un lugar central en la historia de la filosofía por haber inaugurado un giro radical en la forma de pensar: el paso del teocentrismo medieval al antropocentrismo moderno. Su propuesta filosófica, centrada en la razón humana como fuente y criterio del conocimiento, dio inicio al racionalismo moderno y marcó el inicio de la Modernidad filosófica. Descartes no solo propuso nuevas respuestas, sino una nueva manera comprender la reflexión filosófica, basada en la duda metódica, que rimpió con la tradición escolástica y redefinió el papel del ser humano como sujeto del saber. Su obra *El Discurso del método* constituye un manifiesto sobre cómo pensar en tiempos de censura, conflicto y transformación intelectual.

| Conceptos principales

Modernidad filosófica: etapa histórica en la que la filosofía se centra en el ser humano y su capacidad racional, desplazando el foco desde Dios a la subjetividad humana.

Racionalismo: corriente filosófica que defiende que la razón es la fuente

principal y más fiable del conocimiento.

Duda metódica: estrategia filosófica cartesiana que consiste en poner en duda todo aquello que no pueda ser demostrado con certeza absoluta, como método para llegar a verdades firmes.

Epistemología: rama de la filosofía que se ocupa de los fundamentos, el alcance y los límites del conocimiento.

Escolástica: tradición filosófica medieval basada en la síntesis entre el cristianismo y el pensamiento aristotélico, a la que Descartes se opone frontalmente.

Subjetividad: el yo pensante como eje central del conocimiento y punto de partida filosófico.

| Fechas fundamentales

1596: Nace René Descartes en La Haye en Touraine, Francia.
(Actual Descartes).

1633: Condena de Galileo Galilei por la Inquisición; evento crucial para el pensamiento cartesiano.

1637: Publicación del *Discours de la méthode* en Leiden (Países Bajos).

1641: Publicación de las *Meditaciones metafísicas*.

1644: Publicación de los *Principios de la filosofía*.

1664: Publicación póstuma de *El mundo o tratado sobre la luz y El*

hombre.

| Resumen

René Descartes ocupa una posición inaugural en la historia del pensamiento occidental moderno. Su obra marcó una ruptura profunda con la tradición escolástica medieval, configurando un giro epistemológico de gran calado que inauguró el racionalismo moderno. En este sentido, puede afirmarse que Descartes no solo introdujo una nueva doctrina filosófica, sino que redefinió las condiciones mismas del filosofar, estableciendo las bases metodológicas sobre las cuales se edificó buena parte de la reflexión posterior.

La propuesta cartesiana se inscribió en un contexto de transformación cultural y científica profunda. El agotamiento del paradigma escolástico, basado en la autoridad de los textos sagrados y en la síntesis tomista del aristotelismo con la teología cristiana, se hizo patente frente al auge de la ciencia moderna y a los nuevos métodos empíricos y matemáticos desarrollados por figuras como Copérnico, Galileo y Kepler. En este escenario de crisis del saber tradicional, Descartes planteó la necesidad de someter todo conocimiento a una crítica radical, cuyo punto de partida fue la duda metódica.

Lejos de haber sido una actitud escéptica, la duda cartesiana constituyó un procedimiento riguroso destinado a eliminar toda creencia que no poseyera el sello de la certeza absoluta. Esta estrategia culminó en el célebre *cogito, ergo sum*, que se erigió como primera verdad indubitable y fundamento último de todo conocimiento. A partir de esta intuición fundamental, Descartes inició una reconstrucción sistemática del saber, ya no apoyada en la tradición o en la revelación, sino en las capacidades racionales del sujeto pensante. Así, el yo —entendido como instancia reflexiva, consciente y racional— se convirtió en el nuevo centro de la actividad filosófica.

El *Discurso del método*, publicado en 1637 en Leiden y redactado en francés, constituyó el primer gran manifiesto de esta transformación. A

diferencia de sus obras mayores —como las *Meditaciones metafísicas* (1641) o los *Principios de la filosofía* (1644)—, esta obra adoptó la forma de una autobiografía intelectual, en la que el autor expuso con claridad sus convicciones filosóficas, científicas y metodológicas. Su estilo accesible y su voluntad explícita de dirigirse a un público amplio revelaron una segunda dimensión del proyecto cartesiano: la democratización del saber filosófico y científico, rompiendo con el elitismo escolástico y acercando la filosofía a los lectores cultos, pero no especializados.

Este gesto, no exento de audacia, debe leerse a la luz del contexto histórico y político de su época. El juicio y condena de Galileo por la Inquisición romana en 1633 tuvo un impacto profundo en Descartes, quien abandonó la redacción de su tratado cosmológico —*El mundo o tratado sobre la luz*— para evitar enfrentamientos con la ortodoxia religiosa. El *Discurso*, concebido como una alternativa más prudente, enmascaró bajo una forma narrativa y personal un proyecto intelectual profundamente subversivo, que propuso una nueva forma de acceso a la verdad basada exclusivamente en la razón individual.

En suma, la obra cartesiana —y en particular el *Discurso del método*— no solo señaló el inicio de la filosofía moderna, sino que inauguró un nuevo régimen de racionalidad. A partir de Descartes, ninguna filosofía pudo ya prescindir de una crítica del conocimiento, de una reflexión sobre el sujeto y de un método riguroso. Su legado, más allá de los contenidos doctrinales particulares, residió en la exigencia de claridad, fundamentación y autonomía que aún hoy constituye uno de los pilares de la racionalidad filosófica.

CLASE 2 | DIÓPTRICA, METEOROS Y GEOMETRÍA

René Descartes inauguró un nuevo modo de situar al sujeto como protagonista del conocimiento. La obra *Discurso del método para conducir bien la propia razón y buscar la verdad en las ciencias* (1637), cuyo título completo ya nos anticipa su radicalidad, se presentó como un manifiesto para una nueva época.

Con un estilo autobiográfico, claro y directo, Descartes ofreció en esta obra las bases del método racional que debía guiar la investigación científica y filosófica. Lejos de apelar a la autoridad o a la revelación, propuso que cada individuo aprendiera a conducir su propia razón como único camino hacia la verdad. Publicado junto a tres ensayos científicos —*La Dióptrica*, *Los Meteoros* y *La Geometría*—, el *Discurso* pretendía demostrar la eficacia del nuevo método aplicado tanto a la filosofía como a las ciencias naturales y matemáticas.

| Conceptos principales

Autonomía del entendimiento: Principio según el cual el sujeto racional, mediante el ejercicio sistemático de su capacidad crítica, puede emanciparse de toda tutela externa y alcanzar por sí mismo el conocimiento verdadero. Descartes erige esta autonomía como uno de

los pilares del pensamiento moderno.

Universalidad de la razón: Tesis cartesiana que afirma la dotación igualitaria de la facultad racional en todos los seres humanos. La disparidad de opiniones y conocimientos no sería consecuencia de una desigual distribución de la razón, sino del distinto modo en que cada individuo la ejerce.

Racionalismo pedagógico: Enunciado de corte ilustrado que subraya el papel de la educación sistemática como condición de posibilidad para el perfeccionamiento del juicio, el desarrollo intelectual y la construcción de una sociedad ordenada sobre bases racionales.

Apertura crítica del discurso filosófico: Actitud intelectual que Descartes adopta al exponer su método al juicio público, invitando explícitamente a la refutación razonada como mecanismo de depuración y validación del pensamiento filosófico.

Fisicismo mecanicista: Marco teórico inaugurado por Descartes en sus ensayos científicos, según el cual los fenómenos naturales se explican exclusivamente mediante principios mecánicos, prescindiendo de toda causalidad sobrenatural. Esta concepción fundamenta el nacimiento de la física moderna.

Democratización del saber: Reorientación profunda del estatuto del conocimiento, que deja de concebirse como privilegio de una élite inspirada o divinamente favorecida, para convertirse en un proceso accesible a toda persona que cultive el uso riguroso de la razón.

| Resumen

El título completo de la obra de Descartes en su edición original de

1637: *Discurso del método para conducir bien la propia razón y buscar la verdad en las ciencias* anticipa con nitidez las intenciones del autor: la instauración de un método de pensamiento aplicable al ejercicio individual de la razón y orientado hacia la producción de un saber verdadero en el ámbito de las ciencias, en oposición a la especulación escolástica y a la apelación a autoridades dogmáticas.

El título revela tres aspectos clave. En primer lugar, pone de manifiesto la centralidad del sujeto, no en abstracto, sino en su dimensión singular: “la propia razón” indica una apelación directa al lector como agente racional. En segundo lugar, evidencia una crítica implícita al pensamiento precedente: si hay que “buscar” la verdad, es porque aún no se la ha encontrado, pese a los siglos de reflexión filosófica y teológica. En tercer lugar, expresa una voluntad explícita de vincular este método no con cuestiones metafísicas o doctrinales, sino con el desarrollo de las nuevas ciencias de la naturaleza. No en vano, el *Discurso* se publicó junto con tres ensayos —*La Dióptrica*, *Los Meteoros* y *La Geometría*— que tenían por objeto mostrar la aplicabilidad del método en diferentes campos científicos.

En *La Dióptrica*, Descartes abordó el fenómeno de la refracción de la luz y ofreció una teoría física —hoy obsoleta pero entonces revolucionaria— basada en el modelo mecánico de transmisión a través del éter. En *Los Meteoros*, aplicó el mismo esquema mecanicista para dar cuenta de diversos fenómenos atmosféricos, proponiendo explicaciones naturalistas basadas en la observación y el razonamiento. Finalmente, *La Geometría* introdujo lo que hoy conocemos como geometría analítica, articulando el espacio a partir de coordenadas y ofreciendo métodos algebraicos para la resolución de problemas geométricos. Estos tres tratados constituyen, en conjunto, una validación empírica del método propuesto, al tiempo que representan un parteaguas en la historia de la ciencia moderna.

El lema que inaugura la obra, *Vitam impendere vero* (“consagrar la vida a la verdad”), sintetiza el *pathos* cartesiano: no se trata de acumular saberes dispersos ni de cultivar una erudición decorativa, sino de consagrar la

existencia entera a la tarea de conocer racionalmente. La búsqueda de la verdad se erige así en una forma de vida filosófica, en un imperativo existencial.

El texto comienza con una observación irónica y penetrante: la razón, o buen sentido, parece estar tan equitativamente repartida entre los seres humanos que nadie se queja de carecer de ella. A través de esta ironía inicial, Descartes introduce una crítica fundamental a la autosuficiencia de la opinión común y a la ausencia de reflexión sobre las propias capacidades cognitivas. Todo el desarrollo posterior del *Discurso* puede leerse como una llamada a tomar conciencia de esta facultad natural y a perfeccionarla mediante un uso ordenado y metódico.

Una de las tesis centrales de esta parte de la obra es la afirmación de la igualdad racional entre los seres humanos. Todos —sostiene Descartes— están igualmente dotados de entendimiento, pero no todos han aprendido a ejercerlo correctamente. La disparidad en los juicios, las creencias y los saberes no se deben a una desigualdad natural, sino a una deficiente educación o a la ausencia de un método adecuado. Esta tesis implica una ruptura con la concepción medieval del conocimiento como don divino o iluminación sobrenatural. Descartes sustituye este paradigma por una noción secular y activa del saber: el conocimiento ya no es una gracia concedida, sino una conquista racional accesible a quien se esfuerce en seguir el camino correcto.

El método cartesiano aparece entonces como un instrumento de emancipación: no solo permite acceder a verdades universales, sino que confiere al sujeto la posibilidad de avanzar por sí mismo en el camino del conocimiento. La educación, en este marco, no debe limitarse a la transmisión de contenidos, sino que ha de formar al individuo en el uso autónomo de la razón. Esta dimensión pedagógica del pensamiento cartesiano se vincula estrechamente con los ideales ilustrados que surgirán en el siglo siguiente.

Otro elemento de enorme valor filosófico en esta parte del *Discurso* es la autoconciencia del autor respecto a los límites de su propio saber. Descartes no presenta su método como una verdad acabada e

incuestionable, sino como una hipótesis sometida al juicio público. En un gesto de apertura intelectual poco frecuente en su época, invita a los lectores a examinar, criticar y eventualmente refutar su propuesta. Este gesto de exposición voluntaria al escrutinio racional anticipa la centralidad que tendrá la crítica en la filosofía moderna, en particular en autores como Kant.

Finalmente, el relato autobiográfico que acompaña estas reflexiones cumple una función ejemplar: mostrar, a través de la experiencia particular del autor, la eficacia del método en la formación del juicio, la ampliación del conocimiento y la conquista de la autonomía. En este sentido, el *Discurso* no es solo un tratado filosófico, sino también una invitación vital: un llamado a transformar la vida humana a través del ejercicio riguroso, crítico y constante de la razón.

CLASE 3 | EL BUEN SENTIDO Y LA RAZÓN NATURAL DEL SER HUMANO

La introducción del *Discurso del método* ofrece uno de los comienzos más agudos y provocadores de la historia de la filosofía. Descartes abre con una afirmación irónica: que el “buen sentido” —la capacidad de juzgar con rectitud— está repartido equitativamente entre todos los seres humanos. A través de este gesto, Descartes pone en cuestión la confianza ingenua que cada persona deposita en su propio juicio, denunciando la falta de autocrítica con que solemos abordar el conocimiento.

Frente a la visión medieval que concebía el saber como un don otorgado por Dios a unos pocos elegidos, Descartes sostiene que la razón es una facultad natural compartida por todos, aunque su ejercicio correcto depende de la educación, el hábito y la disciplina intelectual. El problema no reside en la desigualdad de capacidades, sino en la diversidad de caminos que toma cada cual para pensar. Así, el método se convierte en la clave: no basta con tener entendimiento, hay que saber aplicarlo con rigor.

| Conceptos principales

Buen sentido: Para Descartes, el buen sentido o razón natural es la facultad humana de juzgar adecuadamente, presente en todos los individuos por igual. No es privilegio de unos pocos, sino una capacidad

universal que requiere ser correctamente guiada.

Ironía filosófica: Estrategia discursiva empleada por Descartes para provocar al lector y cuestionar sus convicciones. Al comenzar con afirmaciones aparentemente banales, prepara el terreno para una crítica más profunda al saber común.

Universalidad de la razón: Descartes sostiene que todos los seres humanos están dotados de razón en igual medida. Esta afirmación rompe con la tradición elitista y teológica que reservaba el conocimiento a una minoría supuestamente iluminada.

Aplicación del entendimiento: La posesión de razón no garantiza su uso correcto. El verdadero desafío reside en aprender a aplicar esta facultad con orden, método y perseverancia para alcanzar el conocimiento verdadero.

Autonomía intelectual: La finalidad última del método cartesiano es capacitar al sujeto para pensar por sí mismo, sin dependencia de autoridades, tradiciones ni maestros, en busca de una libertad intelectual real.

Progreso gradual del conocimiento: El saber no es una revelación súbita sino un camino que requiere tiempo, esfuerzo y método. Descartes propone un ideal de crecimiento intelectual acumulativo y autónomo.

Crítica y autocrítica: Lejos de imponer su pensamiento, Descartes lo somete al juicio de los demás. Esta apertura al diálogo racional y a la corrección externa refuerza su compromiso con la búsqueda de la verdad.

Filosofía como bienestar racional: El ejercicio del pensamiento metódico no solo permite alcanzar verdades, sino que genera una forma de vida

más plena, libre y serena, basada en la claridad y en la coherencia intelectual.

| Resumen

En el inicio de su *Discurso del método*, René Descartes despliega una introducción de notable fuerza retórica y filosófica que ha sido considerada, con justicia, uno de los comienzos más impactantes en la historia del pensamiento occidental. En ella, el filósofo francés plantea con ironía y agudeza una crítica a la autosuficiencia cognitiva del ser humano: el “buen sentido”, afirma, es “la cosa mejor repartida del mundo”, ya que todos los hombres consideran poseerlo en grado suficiente. Con esta sentencia, aparentemente trivial y benigna, Descartes nos confronta de inmediato con una problemática fundamental: nuestra percepción subjetiva de racionalidad, el supuesto de que ya pensamos correctamente, constituye un obstáculo para el desarrollo auténtico del conocimiento. Esta afirmación, cargada de ironía, se convierte en una interpelación directa al lector: ¿por qué nadie confiesa querer ser más racional, del mismo modo que se desearía ser más alto, más fuerte o más atractivo?

A través de este giro retórico, Descartes introduce uno de los fundamentos más radicales y transformadores de la modernidad filosófica: la idea de que todos los seres humanos están dotados por igual de la facultad racional, lo que representa una ruptura con la concepción medieval del conocimiento como don divino, reservado a unos pocos elegidos. Frente al modelo teológico de la iluminación, donde el saber era entendido como una gracia concedida por Dios, Descartes propone una antropología intelectual democratizadora: el entendimiento es una facultad natural, compartida universalmente por los miembros de la especie humana.

Sin embargo, esta afirmación no implica que todos sepamos usar la razón de manera adecuada. De hecho, el núcleo del planteamiento cartesiano radica en que, si bien todos poseemos la capacidad de razonar, la diferencia entre los hombres no está en la cantidad de razón, sino en su correcto uso. La diversidad de opiniones no surge, según Descartes,

de que algunos sean más inteligentes que otros, sino de que cada cual dirige su pensamiento por caminos diversos, con distintos hábitos de análisis, formación y educación. Así, el buen uso de la razón se revela como una tarea formativa y progresiva, no como una simple disposición natural.

Esta concepción tiene consecuencias de gran calado para la epistemología moderna. En primer lugar, convierte la educación en un elemento central de la filosofía cartesiana. Al desplazar la explicación de la ignorancia desde lo sobrenatural hacia lo pedagógico, Descartes otorga a la educación un papel fundacional en la configuración del sujeto racional. De esta forma, se anticipa a una de las obsesiones principales de la Ilustración: la convicción de que no es posible construir repúblicas justas, individuos autónomos ni sociedades florecientes sin un acceso generalizado al saber y a los métodos correctos de pensamiento.

En segundo lugar, Descartes señala que el método —tema central de la obra— constituye la herramienta por excelencia para aplicar correctamente la razón. A través de una narración personal, el autor explica cómo, gracias a una combinación de buena educación y reflexión continuada, fue capaz de construir un método que le permitió avanzar gradualmente en el conocimiento. Este método, lejos de pretender elevar al hombre a verdades divinas o absolutas, se propone como una vía modesta y eficaz para aumentar el saber de cada individuo dentro de los límites de su vida y sus capacidades naturales. Se trata, pues, de un proyecto profundamente humanista y moderno, orientado hacia la autonomía intelectual del sujeto.

Este objetivo de autonomía no es meramente práctico, sino existencial: quien aprende a razonar correctamente, afirma Descartes, puede avanzar por sí mismo en el camino del conocimiento, liberándose del tutelaje permanente de maestros o autoridades. La filosofía cartesiana se presenta así como un ejercicio de emancipación crítica, en el que la educación del pensamiento sustituye a la obediencia ciega, y el método racional reemplaza a la fe en dogmas tradicionales.

No obstante, en un gesto de honestidad intelectual que anticipa la

autocrítica ilustrada, Descartes admite que su método y sus conclusiones podrían no ser más que “cobre y vidrio” tomados por oro y diamantes. Esta humildad aparente no es simple modestia, sino un modo de someter su pensamiento al juicio público y al diálogo con otros. Así, el autor expone su obra no como una doctrina cerrada, sino como una “*historia*” o incluso una “*fábula*” de su proceso de descubrimiento. Invita así al lector no sólo a leerle, sino a cuestionarle y a juzgarle, abriendo el pensamiento filosófico al escrutinio de la comunidad racional.

Este gesto es especialmente notable si se considera el contexto de la época, en el que la autoridad filosófica se legitimaba por la tradición, la erudición o la revelación. Descartes, en cambio, ofrece su filosofía como un retrato de vida, un “*cuadro*” biográfico que el lector puede examinar, criticar y eventualmente emular. De esta forma, el *Discurso del método* es un ejemplo viviente de cómo se puede y se debe filosofar: con método, con claridad y con una actitud crítica y dialogante.

Finalmente, cabe destacar el tono profundamente personal que recorre todo el texto. A diferencia de los tratados escolásticos impersonales, Descartes se presenta como un sujeto concreto, con limitaciones y dudas, pero también con voluntad de saber y capacidad de superación. La filosofía se convierte, así, en una empresa profundamente humana, orientada no sólo a la adquisición de conocimientos, sino al bienestar vital, la satisfacción interior y la libertad de juicio.